

y que, sin embargo, conservan sana la razón, no es desfavorable para el conocimiento, aun prescindiendo de los beneficios intelectuales que reportan la soledad y la emancipación repentina de nuestras obligaciones y costumbres.

Todo aquel que padece mucho y se siente como prisionero de su dolor, lanza una mirada glacial á lo de fuera, á las cosas; todos los atractivos engañosos con que se adornan las cosas cuando se posa en ellas la mirada del hombre sano han desaparecido para él: se ve á sí mismo tendido delante de sí, sin brío y sin colores. En el caso de que el enfermo hubiese vivido hasta entonces en un desvarío peligroso, ese supremo desencanto del dolor sera acaso el único medio de librarle de él. (Es posible que le ocurriera esto al fundador del cristianismo cuando se hallaba clavado en la cruz, pues las palabras ¡Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?, las más amargas que jamás se pronunciaron, contienen, cuando se las interpreta en toda su profundidad, como es debido, el testimonio de una completa desilusión, de la mayor clarividencia sobre el espejismo de la vida; el Cristo se volvió clarividente acerca de sí mismo, de igual manera que Don Quijote al morir (según cuenta Cervantes).

La gran tensión de la inteligencia, que quiere oponerse al dolor ilumina en este estado cuanto mira, con nueva luz, y el inefable encanto que presta á las cosas toda nueva iluminación suele ser bastante poderoso para vencer las tentaciones del suicidio y para que la continuación de la vida parezca apetecible al que padece. Piensa con desprecio en el mundo abrigado y confortable en que vive sin escrúpulo el hombre sano; piensa con desprecio en las ilusiones más nobles y más caras que acaso él mismo alimentó y es para él ver-

dadero goce evocar este desprecio como si lo sacara de las profundidades del infierno, sometiendo así á su alma á los dolores más amargos, para que sirvan de contrapeso á los padecimientos físicos, pues comprende que en aquella sazón es necesario semejante contrapeso.

Con terrible clarividencia acerca de su propia indole, dice: «Sé por una vez tu acusador y tu verdugo, toma tu dolor como una pena que te has impuesto á tí mismo; goza de tu superioridad como juez, mejor aún, goza de tu capricho, de tu arbitraria tiranía. Elévate por encima de la vida como por encima del dolor. Mira al fondo de las razones y las sinrazones.» Nuestro orgullo se subleva como nunca, experimenta una satisfacción incomparable al defender á la vida contra un tirano como el dolor y contra todas las insinuaciones de este tirano, que querría hacernos declarar contra la vida y *representar la vida* delante de él. En este estado nos defendemos con acritud de toda acusación de pesimismo, para que éste no aparezca como una consecuencia de nuestra situación y no nos humille á título de vencidos. Nunca es tan grande como entonces la tentación de ser justos en nuestras apreciaciones, pues la justicia es un triunfo sobre nosotros mismos y sobre el estado más irritable que puede imaginarse, estado que disculparía, por lo mismo, cualquier juicio injusto; pero no queremos ser disculpados, queremos demostrar que podemos ser intachables en nuestros juicios. Pasamos por verdaderas crisis de orgullo.

Pero surge la primera aurora del alivio, de la curación, y casi su primer efecto es que nos defendamos contra la preponderancia de nuestro orgullo. Nos llamamos simples y vanidosos, como si nos hubiese ocurrido una cosa excepcional. Humillamos sin gratitud

al orgullo omnipotente que nos dió fuerzas para soportar el dolor y exigimos con violencia un antídoto contra el orgullo; queremos volvernos extraños á nosotros mismos, desembarazarnos de nuestra persona, ya que el dolor nos había hecho por fuerza *personales* durante largo tiempo. «¡Fuera el orgullo, exclamamos, era una enfermedad y una crisis más!»

Miramos otra vez á los hombres y á la naturaleza con ojos de deseo; nos hacemos cargo, sonriendo con tristeza, de que ahora tenemos acerca de ellos ciertas ideas nuevas, diferentes de las que teníamos antes, de que ha caído un velo que había delante de nuestros ojos.

Nos sentimos fortalecidos al volver á ver las *suaves luces de la vida*, saliendo de aquella luz demasiado violenta, á la cual mientras padecemos veíamos las cosas y veíamos al través de ellas. No nos irritamos si la magia de la salud reanuda su juego; contemplamos este espectáculo como si nos hubiésemos transformado, nos sentimos benévolos, aunque algo fatigados aún; en este estado la música nos hace llorar.

115. *Lo que se llama el «yo»*.—El lenguaje y las preocupaciones sobre las cuales está construido el lenguaje, son muchas veces un obstáculo para profundizar en el estudio de los fenómenos interiores y de los instintos, en razón á que no existen palabras más que para los grados *superlativos* de esos fenómenos y esos instintos. Pero nosotros estamos acostumbrados á no observar nada con exactitud desde el punto y hora en que nos faltan palabras, pues sin ellas es en extremo trabajoso discurrir con precisión: en lo pasado se llegaba hasta á suponer que allí donde termina el reino de las palabras acaba también el de la existencia. Ira,

odio, amor, compasión, deseo, conocimiento, alegría, dolor, son nombres para situaciones extremas; los grados más equilibrados, los términos medios se nos escapan, y más todavía los grados inferiores, que están en continuo movimiento y son los que tejen la tela de nuestro carácter y de nuestros destinos. Ocurre á veces que esas explosiones extremas, y según una evaluación exacta pueden ser tales el placer ó el desagrado más vulgar que tenga eco en nuestra conciencia, ya comiendo un manjar, ya escuchando un sonido, etc., desgarran la tela y forman excepciones violentas, y cómo pueden inducir á error al observador, por lo mismo que son excepciones! Lo mismo que engañan, desde luego, al hombre de acción. No somos lo que parecemos ser con arreglo á aquellas condiciones, de las cuales tenemos únicamente conciencia y sólo para las cuales tenemos palabras, y, por consiguiente, censuras ó elogios. Nos desconocemos por esas explosiones groseras, que son lo único conocido; deducimos conclusiones en una materia en que las excepciones vencen á la regla, nos engañamos leyendo el enigma de nuestro *yo*, claro en apariencia. Y, sin embargo, la opinión que tenemos de nosotros mismos, opinión que nos hemos formado por esa falsa senda, lo que se llama el *yo*, trabaja desde entonces para formar nuestro carácter y nuestros destinos.

116. *El mundo desconocido del sujeto*.—Lo más difícil de comprender respecto de los hombres es su ignorancia acerca de sí mismos, desde los tiempos más remotos hasta ahora, no sólo en lo relativo al bien y al mal, sino en cosas mucho más importantes. Con arreglo á una ilusión antigua, nos figuramos que se sabe exactamente cómo se efectúa la acción humana en cada

caso particular. No sólo Dios, «que ve el fondo de los corazones»; no sólo el hombre, que obra y reflexiona sobre su acción, cualquier tercero, sea el que fuere, está seguro de comprender el fenómeno de la acción en otra persona. «Sé lo que quiero, sé lo que hago, soy libre y responsable de mis actos, hago á los demás responsables de los suyos, puedo designar por sus nombres todas las posibilidades morales, todos los movimientos interiores que preceden al acto; de cualquier manera que obréis, me comprendo á mí mismo y os comprendo á todos.»

Así pensaba antiguamente todo el mundo, así piensa todavía casi todo el mundo. Sócrates y Platón, que en esta materia fueron grandes excépticos y admirables innovadores, fueron, sin embargo, crédulos con exceso en lo tocante á esta preocupación nefasta, á este profundo error, que pretende que el «recto entender debe ser seguido forzosamente del recto obrar».

Al lado de este principio están siempre los herederos de la locura y de la presunción universales que pretenden conocer la esencia de las acciones. «Sería horrible que la comprensión de la esencia de un acto recto no fuese seguida del acto recto», esta es la única razón que esos grandes hombres juzgan necesaria para demostrar dicha idea; lo contrario les parece una locura inconcebible, y, sin embargo, lo contrario es lo que responde á la realidad desnuda, demostrada cotidianamente á todas horas y por toda la eternidad. ¿No es precisamente la verdad terrible, que lo que se puede saber de un acto no basta jamás para efectuarlo, que el paso de la inteligencia al acto no ha podido explicarse en ningún caso? Las acciones no son jamás lo que parecen; pues bien, lo mismo sucede con el mundo exterior. Los actos son, en realidad, algo ajeno,—no

podemos decir más,—y todos los actos son esencialmente desconocidos. Lo contrario es y seguirá siendo la creencia habitual; tenemos en contra nuestra el más antiguo realismo; hasta ahora la humanidad ha venido pensando: «los actos son tales como nos parecen ser». (Al volver á leer estas palabras, acude á mi memoria un pasaje muy expresivo de Schopenhauer, que voy á citar para demostrar que también él seguía afechado sin escrúpulo de ninguna clase á este realismo moral: «En realidad, cada uno de nosotros es un juez moral, competente y perfecto, que conoce exactamente el bien y el mal, santifica y ama al primero y aborrece al segundo; cada uno es todo esto, mientras no se trata de sus propios actos, sino de actos ajenos, y puede contentarse con aprobar ó desaprobar, recayendo el peso de la ejecución sobre las costillas de otro. Cada cual puede ocupar el lugar de Dios como confesor»).

117. *En la cárcel.*—El ojo, sea perspicaz ó débil, no ve más que hasta cierta distancia. Veo y obro dentro de un espacio limitado y la línea de ese horizonte es mi más próximo destino, grande ó chico, del cual no puedo escapar. Alrededor de cada ser se extiende un círculo que le pertenece. Medimos el mundo con arreglo á estos horizontes en que nuestros sentidos nos encierran, diciendo: tal cosa está cerca, tal otra lejos, ésta es grande, aquélla pequeña, dura la de allá, blanda la de acullá. Llamamos sensación á esta manera de medir, ¡y en sí todo es error!

Con arreglo al número de acontecimientos y de emociones que fueron, por término medio, posibles para nosotros, medimos la vida, conceptuándola breve ó dilatada, rica ó pobre, fecunda ó estéril, y con arreglo

al término medio de la vida humana medimos la de todos los demás seres, ¡y todo es error en sí!

Si tuviéramos ojos, cien veces más penetrantes para las cosas próximas, el tamaño del hombre nos parecería enorme. Se pueden imaginar órganos, por medio de los cuales el hombre se nos representaría inconmensurable. Por otra parte, ciertos órganos podrían estar formados de manera que redujeran y amenguaran sistemas solares enteros hasta hacerles semejantes á una sola célula, y á seres de conformación inversa una célula del cuerpo humano, podría representárseles como un sistema solar en su construcción, su movimiento y su armonía. Los hábitos de nuestros sentidos nos envuelven en un tejido de sensaciones mentirosas que son la base de todos nuestros juicios y de nuestro entendimiento. No hay salida, no hay escapatoria, no hay atajo alguno hacia el mundo real. Estamos en nuestra tela como la araña, y sea lo que quiera lo que cacemos, no podrá ser nunca más que aquello que se deje enredar en la tela.

118. *¿Qué es el prójimo?*—¿Cuáles son los límites del prójimo, es decir, aquello por virtud de lo cual imprime su sello en nosotros, por decirlo así? Todo lo que comprendemos del prójimo son los cambios que se operan en nuestra persona á causa de él, lo que de él sabemos se asemeja á un molde vacío. Le atribuimos los sentimientos que sus actos provocan en nosotros y le damos así el reflejo de una falsa realidad. Le concebimos con arreglo al conocimiento que tenemos de nosotros mismos, haciendo de él un satélite de nuestro propio sistema, y cuando se ilumina ó se oscurece para nosotros, somos nosotros, en ambos casos, la causa última de ello aunque nos figuremos cosa muy dis-

tinta. ¡En qué mundo de fantasmas vivimos! ¡Mundo vuelto del revés y vacío, y que, sin embargo, vemos, como en un sueño, derecho y lleno!

119. *Vivir é inventar.*—Cualquiera que sea el grado á que lleguemos en el conocimiento de nosotros mismos, siempre será muy incompleta la imagen que nos formemos de los instintos que constituyen nuestra individualidad. Apenas sabemos llamar por sus nombres á los instintos más groseros; su número y su fuerza, su flujo y reflujo, su acción recíproca y, sobre todo, las leyes de su nutrición, son completamente desconocidas para nosotros. Esta nutrición es, por consiguiente, obra del azar; los acontecimientos cotidianos de la vida arrojan su presa á este instinto ó al otro, que se apodera ávidamente de ella, pero el vaivén de estos acontecimientos no guardan la debida correlación con las necesidades nutritivas del conjunto de los instintos, por lo cual ocurrirán siempre dos cosas: los unos enflaquecerán y morirán de inanición, los otros estarán ahitos de alimento. Cada instante de nuestra vida hace crecer algunos brazos al pulpo de nuestro ser y hace que se sequen otros, según la alimentación que aquel instante aporta ó deja de aportar. Desde este punto de vida, todas nuestras experiencias son alimentos, pero sembrados por una mano ciega que ignora quien tiene hambre y quien está ya harto.

A consecuencia de quedar entregada al azar la nutrición de cada parte, el estado del pulpo en su desenvolvimiento completo es tan fortuito como lo fué su desarrollo. Hablando con mayor exactitud, dado que un instinto se encuentre en el punto en que pide ser satisfecho ó en situación de ejercitar su fuerza, ó de satisfacerla ó de llenar un vacío, pues todo esto se dice

en lenguaje figurado, examinará cada acontecimiento del día para ver cómo puede utilizarlo en beneficio de su fin. Cualquiera que sea la situación del hombre, ande ó descanse, lea ó hable, se enfade y luche ó se regocije, el instinto soliviantado tantea cada una de estas condiciones, y en la mayor parte de los casos no encontrará nada de su gusto, y, por tanto, no tendrá más remedio que esperar y aguantar la sed. Un momento más y se debilitará, y si al cabo de algunos días ó de algunos meses no es satisfecho, se secará como una planta sin riego.

Acaso esta crueldad del azar se nos representaría con colores aún más vivos si todos los instintos pidiesen ser satisfechos con tanta intransigencia como el hambre, que no se contenta con alimentos vistos en sueños; pero la mayor parte de los instintos, sobre todo los que llamamos morales, se satisfacen con eso, si es lícito suponer que los ensueños pueden servir para compensar, en cierta medida, la falta accidental de alimentación durante el día. ¿Por qué el ensueño de ayer estuvo lleno de ternezas y lágrimas, el de anteayer fué grato y presuntuoso y otro más lejano aún, aventurero y lleno de investigaciones inquietas? ¿Por qué en este ensueño gozo de las indescriptibles bellezas de la música, y en aquel otro vuelo y me cierno sobre las cumbres más lejanas con la voluptuosidad del águila? Estas fantasías en que descargan y se abren paso nuestros instintos de ternura, de burla ó de excentricidad, nuestras aficiones á la música ó á las cumbres (y cada cual podría presentar ejemplos todavía más concluyentes) son las interpretaciones de nuestras excitaciones nerviosas durante el sueño, interpretaciones muy libres, muy arbitrarias de la circulación de la sangre, del trabajo de los intestinos, de

la presión de los brazos ó de la ropa de la cama, del sonido de las campanas de una iglesia, del chirrido de una veleta, de los pasos de un noctámbulo y de otras cosas semejantes. Si este texto que, en general, suele ser el mismo una noche que otra, recibe comentarios tan variados, hasta el punto de que la razón creadora imagina, ayer ú hoy, causas tan diferentes para las mismas excitaciones nerviosas, esto se debe á que el apuntador de esta razón es diferente hoy del que fué ayer otro instinto que quiere satisfacerse, manifestarse, ejercitarse, desahogarse, descargarse;—ese instinto es el que ha salido á la superficie y ayer era otro.

La vida en estado de vigilia no posee la misma libertad de interpretación que la vida del ensueño, es menos poética, menos desenfrenada; pero, ¿habrá que decir que nuestros instintos en estado de vigilia no hacen tampoco más que interpretar las excitaciones nerviosas y fijar las causas de éstas, y las necesidades de ellos?, ¿tendré que añadir que entre el estado de vigilia y el de ensueño no hay diferencia esencial?, ¿que hasta comparando grados de cultura diferentes, la libertad de interpretación en estado de vigilia en uno de esos grados no es inferior á la libertad de interpretación en sueños dentro del otro grado?, ¿que nuestras apreciaciones y nuestros juicios morales no son más que imágenes y fantasías que ocultan un proceso fisiológico desconocido para nosotros, una especie de lenguaje convencional con que se designan ciertas excitaciones nerviosas?, ¿que lo que llamamos conciencia no es más ni menos que el comentario fantástico de un texto desconocido, quizá incognoscible, pero sentido? Fijémonos en algún nimio incidente. Figurémonos que advertimos al tiempo de atravesar una plaza pública que un hombre se burla de nosotros;

según domine en nuestro interior este ó el otro instinto, ese incidente tendrá para nosotros esta ó la otra significación, y según la clase de hombre que seamos, el suceso revestirá aspecto diferente. Para uno la burla será tan indiferente como una gota de lluvia, otro se sacudirá las moscas, aquél hallará motivo de pendencia, éste examinará su traje para ver si hay en él algo que se preste á la risa, y alguno pensará, á consecuencia de ello, en lo ridículo en sí; hasta puede haber alguno que se alegre de haber contribuido involuntariamente á añadir un rayo de sol al júbilo del mundo. En cada uno de estos casos se satisface un instinto, ya sea el del despecho, el de pelea, el de la meditación ó el de la benevolencia. Este instinto, cualquiera que sea, se apodera del incidente como de un botín, ¿y por qué es aquel instinto el que lo hace? Porque estaba al acecho, ansioso y hambriento. Recientemente, á las once de la mañana, un hombre ha caído á mis pies como herido del rayo; todas las mujeres de la vecindad se pusieron á dar gritos; yo mismo le levanté y esperé á su lado á que recobrase la palabra. Mientras lo hacía no se alteró ningún músculo de mi rostro, ni se apoderó de mi sentimiento alguno de temor ni de compasión; hice sencillamente lo que era menester: lo más urgente y racional, y luego me marché friamente. Suponiendo que el día antes me hubieran anunciado que al día siguiente, á las once, iba á caer un hombre á mis pies, hubiera padecido inquietudes varias, no hubiese dormido en toda la noche, y en el momento decisivo, quizá me hubiese hallado en estado semejante al de aquel hombre, en vez de socorrerle. Y es que en el intervalo todos los instintos imaginables hubieran tenido tiempo de representarse y de comentar el suceso. ¿Qué son, pues, los acontecimientos de nuestra vida? Es mu-

cho más lo que ponemos en ellos, que lo que en realidad contienen. Hasta se podría decir que de suyo son vacíos. Vivir es inventar.

120. *Para tranquilizar al escéptico.* — «No sé absolutamente lo que *hago*, no sé lo que *debo hacer*.» Tienes razón, pero puedes estar seguro de esto: *eres tú lo que se hace* en cada momento de la vida. La humanidad ha confundido en todos los tiempos la activa y la pasiva voz. Esta es su eterna falta de gramática.

121. *Causa y efecto.* — En ese espejo — nuestra inteligencia es un espejo — se refleja algo que manifiesta regularidad. A una cosa determinada sigue en cada ocasión otra cosa determinada. Esto es lo que llamamos causa y efecto, cuando nos enteramos de ello y queremos darle un nombre. ¡Qué insensatos somos! ¡Como si en ese caso hubiéramos comprendido ó podido comprender algo! No hemos visto más que las imágenes de las causas y de los efectos. Y precisamente esta visión de imágenes es lo que nos impide ver los vínculos esenciales que supone una sucesión.

122. *Las causas finales en la naturaleza.* — El sabio imparcial que estudia la historia del ojo y de sus formas en los seres inferiores para mostrar el lento desenvolvimiento del órgano visual, llegará forzosamente á la conclusión sorprendente de que la vista no ha sido el fin de la formación del ojo, sino que ha aparecido cuando el azar constituyó el órgano. Un ejemplo de estos tan sólo, basta para que se nos caigan las telarañas de los ojos, respecto de las causas finales.

123. *La razón.* — ¿Cómo vino la razón al mundo? De

una manera racional, como debía ser: por virtud del azar. Habrá que adivinar este azar como un enigma.

124. *¿Qué es querer?*—Nos reímos del que sale al umbral de su puerta en el momento en que el sol asoma al de la suya, y dice: «quiero que salga el sol», y de aquel que no pudiendo detener una rueda exclama: «quiero que ruede»; y de aquel que derribado al suelo en la lucha, dice: «estoy en el suelo porque quiero». Pero, bromas aparte, ¿nos conducimos alguna vez de diferente modo que esos tres hombres, cuando decimos: *quiero?*

125. *El reino de la libertad.*—Podemos imaginar muchas más cosas de las que podemos hacer y vivir, lo cual quiere decir que nuestro pensamiento es superficial y que, contentándose con la superficie, ni siquiera se fija bien en ella. Si nuestra inteligencia estuviera desarrollada severamente, con arreglo á la medida de nuestras fuerzas y al ejercicio que de ella hacemos, erigiríamos en primer principio de nuestra reflexión, que no podemos comprender más que aquello que podemos hacer, si es que existe comprensión en términos generales. El hombre que padece sed está privado de agua, pero su espíritu le presenta continuamente la imagen del agua, como si fuera fácil obtenerla. La condición superficial y fácilmente contentadiza de la inteligencia, no puede comprender la existencia de una necesidad verdadera, y se siente superior á ella: está ufana de poder más, de correr más deprisa, de llegar en un instante á la meta. Así es como el Reino de las ideas, puesto en parangón con el Reino de la acción, del querer y del vivir, parece ser

el *reino de la libertad*: mientras que, como he dicho, no es más que el reino de la superficie y de la sobriedad.

126. *El olvido.*—No se ha demostrado todavía que exista el olvido. Todo lo que sabemos es que no está en nuestra mano el acordarnos de las cosas cuando queremos. Provisionalmente, hemos puesto en esa laguna de nuestro poder la palabra olvido, como si fuera un poder más en el registro. Pero, en último término, ¿qué es lo que está en nuestra mano? Si esa palabra está en una laguna de nuestro poder, las demás palabras, ¿no se hallarán en alguna otra laguna de las que deja el conocimiento que poseemos de nuestro poder?

127. *Persiguiendo un fin.*—De todos los actos humanos, los que se comprenden menos son los que persiguen un fin, por lo mismo que siempre han sido considerados como los más inteligibles, y son, para nuestro entendimiento, los más habituales. Los grandes problemas andan tirados por la calle.

128. *El ensueño y la responsabilidad.*—¡Queréis ser responsables de todas las cosas! ¡Menos de vuestros sueños! ¡Qué miserable debilidad! ¡Qué falta de valor lógico! ¡Ninguna cosa os pertenece tanto como vuestros ensueños! ¡Ninguna cosa es más obra vuestra que ellos! ¡Asunto, forma, duración, actor, espectador, en esas comedias todo lo sois vosotros! Por eso precisamente es por lo que tenéis miedo y vergüenza de vosotros mismos. Ya Edipo, el prudente Edipo, procuraba consolarse con la idea de que tenemos la culpa de soñar esto ó lo otro. Deduzco de ahí que la mayoría de los hombres debe de tener que echarse en cara espantosos ensueños. Si no fuese así, ¿cuánto no se ha-

bria explotado su poesía nocturna en favor del orgullo del hombre! Debo añadir que el sabio Edipo tenía razón: que no somos responsables verdaderamente de nuestros sueños, pero tampoco lo somos en estado de vigilia, y la doctrina del libre albedrío tiene por padre y madre al orgullo y al sentimiento del poder en el hombre. Quizá lo repito con demasiada frecuencia, pero eso no es una razón para que sea mentira.

129. *La supuesta lucha de los motivos.*—Se habla de la lucha de los motivos, pero se expresa con estas palabras una lucha que no es la lucha de los motivos. Quiero decir, que en nuestra conciencia deliberante, antes de realizar un acto, se presentan las *consecuencias* de diferentes actos que creemos poder realizar y comparamos esas consecuencias. Nos figuramos estar resueltos á realizar un acto cuando hemos comprobado que las consecuencias de él serán las más favorables. Antes de llegar á esta conclusión, en nuestro examen nos atormentamos, á menudo lealmente, á causa de las grandes dificultades que hay para adivinar las consecuencias y percibir las en todo su alcance á todas ellas sin excepción, después de lo cual, es indispensable calcular la parte que corresponde al azar. Mas entonces, es cuando viene lo más difícil; todas las consecuencias que hemos determinado separadamente con tanta dificultad, deben ser pesadas en la misma balanza unas frente á otras, y es muy frecuente que en esta casuística de las ventajas, carezcamos de balanza y hasta de pesas, á causa de la diferencia cualitativa de todas esas consecuencias imaginables. Concediendo, sin embargo, que salgamos bien de esta operación, como de las otras, y que el azar haya puesto en nuestro camino no consecuencias mutuamente pesables, nos faltará

entonces efectivamente en la imagen de las consecuencias de un acto determinado, un motivo para realizar este acto. ¡Un motivo, sí! Mas en el momento en que nos decidimos á obrar, estamos determinados con frecuencia por una categoría de motivos, diferente de la descrita aquí, de la que forma parte de la imagen de las consecuencias. Entonces obra el hábito de ejercitar nuestras fuerzas ó el impulso de una persona á quien tememos, respetamos ó amamos, ó bien la indolencia que prefiere ejecutar lo que tiene más á mano, ó en fin, el despertar de la imaginación provocado en el momento decisivo por algún menudo acontecimiento; entonces obra también el elemento corporal, que se presenta sin que podamos determinar exactamente su influencia, ó bien el humor del momento, ó el salto de una pasión cualquiera que por azar está preparada para saltar; en suma, obran motivos que no conocemos ó no conocemos bien y que jamás podemos incluir de antemano en nuestros cálculos.

Es probable que entre ellos haya también una lucha, una contradanza, un levantamiento y una represión de unidades: ahí es donde podría estar la verdadera *lucha de los motivos*, que para nosotros es cosa de hecho invisible é inconsciente. He calculado la sucesión de las cosas y los éxitos, he colocado á un instinto muy importante en la línea de batalla de los motivos, pero esa línea de batalla no soy yo quien la determina; ni siquiera la veo. La lucha misma es secreta, y la victoria, como tal victoria, lo mismo, pues sé bien que acabo por hacer una cosa determinada; pero ¿cuál ha sido el motivo finalmente victorioso? Estamos acostumbrados, en efecto, á no incluir en cuenta todos esos fenómenos inconscientes y á no formarnos idea de la preparación de un acto en lo que tiene de inconsciente;

por eso confundimos la lucha de los motivos con la comparación de las consecuencias posibles de los diferentes actos, confusión que es una de las más fecundas en consecuencias y de las más nefastas para el desenvolvimiento de la moral.

130. *¿Causas finales? ¿Voluntad?* — Nos hemos acostumbrado á creer en dos reinos: el reino de las causas finales y de la voluntad y el reino del azar. En este último, todo carece de sentido, todo sucede, va y viene sin que nadie pueda decirnos por qué ni para qué.

Tememos á este poderoso reino de la gran imbecilidad cósmica, pues solemos entrar en relaciones con él cuando cae sobre el otro mundo (el de las causas finales y de las intenciones), como una teja de un tejado, aplastando siempre alguno de nuestros fines sublimes.

Esta creencia en los dos reinos viene de un antiguo romanticismo y de una leyenda: nosotros, enanos maliciosos, nos vemos importunados, pisoteados y hasta hundidos por gigantes imbéciles, archi-imbéciles: los caprichos del azar; pero, con todo, no nos agradaría vernos privados de la poesía terrible de esa vecindad, pues esos monstruos se presentan cuando la existencia se ha vuelto demasiado aburrida y pusilánime en la tela de araña de las causas finales, y provocan una diversión de índole superior, desgarrando repentinamente con sus manos la tela entera. No es que sea esa la intención de dichos seres irracionales. Ni siquiera se enteran de ello, pero sus manos, toscamente huesudas, pasan al través de la tela como si fuera aire puro. Los griegos llamaban *Moirá* á ese reino de lo imponderable y de la sublime y eterna carencia de espíritu, y le colocaban como un horizonte alrededor de sus dio-

ses, horizonte fuera del cual éstos no podían ver ni obrar. En muchos pueblos se observa, sin embargo, una secreta rebeldía contra los dioses; se consentía en adorarlos, es verdad, pero se conservaba en la mano un triunfo para hacerles la contra: los indios y los persas, por ejemplo, se los figuraban dependientes de los *sacrificios* de los mortales, de suerte que, llegado el caso, los hombres, podían dejar morir de hambre y de sed á los dioses. Entre los escandinavos, duros y melancólicos, la idea de un ocaso futuro de los dioses proporcionaba el deleite de una venganza silenciosa, en compensación del temor constante que inspiraban las divinidades. Pero no sucede esto en el cristianismo, cuyas ideas fundamentales no son indias, ni persas, ni griegas ni escandinavas. El cristianismo que nos enseña á adorar, humillados en el polvo, el *espíritu de poder*, y quiere que después besemos el polvo; da á entender que ese omnipotente reino de la imbecilidad no es tan sandio como á primera vista parece, y que, por el contrario, nosotros somos los imbéciles por cuanto no acertamos á descubrir que detrás de ese reino está Dios, desconocido hasta ahora bajo el nombre de raza de gigantes ó de *Moirá*, y que teje él mismo la tela de las causas finales, tela más fina aún que la de nuestra inteligencia, de modo que es forzoso que nuestra inteligencia la juzgue incomprensible y hasta irracional.

Esta leyenda era un trastorno tan audaz y una paradoja tan atrevida, que el mundo antiguo, que se había vuelto muy frágil, no pudo resistirla, tan loca y contradictoria resultaba la cosa, pues dicho sea entre nosotros, había ahí una contradicción: si nuestra razón no puede adivinar la razón y los fines de Dios, ¿cómo hizo para adivinar la conformación de su razón, la razón de la razón y la conformación de la razón de Dios?